



Universitat
de les Illes Balears

TRABAJO DE FIN DE GRADO

EL AMOR PROPIO Y EL AMOR AL OTRO EN LA SOCIEDAD LÍQUIDA

María Noriega Chaves

Grado de Filosofía

Facultad de Filosofia i Lletres

Año Académico 2022-23

EL AMOR PROPIO Y EL AMOR AL OTRO EN LA SOCIEDAD LÍQUIDA

María Noriega Chaves

Trabajo de Fin de Grado

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de las Illes Balears

Año Académico 2022-23

Palabras clave del trabajo:

amor propio, ágape, modernidad líquida, amor al prójimo,

Nombre del Tutor/Tutora del Trabajo Alejandro Miquel

Se autoriza la Universidad a incluir este trabajo en el Repositorio Institucional para su consulta en acceso abierto y difusión en línea, con fines exclusivamente académicos y de investigación

Autor		Tutor	
Sí	No	Sí	No
<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

Resumen

En la modernidad líquida actual, el amor propio y el amor al prójimo parecen haber perdido el terreno que antaño compartían. La competitividad, el narcisismo y la búsqueda del beneficio propio son ahora los aspectos más importantes en la vida de los sujetos modernos, quienes han dejado de lado cualquier ápice de paciencia, conocimiento, respeto y compromiso que no reporte algún tipo de ganancia. ¿Están realmente en peligro de extinción las concepciones tradicionales del ágape y del amor propio en la sociedad moderna líquida? En el presente trabajo caracterizaremos estos dos tipos de amor para poder analizar por qué sus condiciones de posibilidad están ahora en una situación precaria y poder dar respuesta a esta pregunta.

Abstract

In the liquid modernity of our time, self-love and love of neighbor seem to have lost the ground they once shared. Competitiveness, narcissism and the pursuit of self-interest are now the most important aspects in the lives of modern subjects, who have left aside every bit of patience, knowledge, respect and commitment that does not bring any kind of profit. Are the traditional conceptions of agape and self-love really in danger of extinction in our liquid modern society? In this paper we will characterize these two types of love in order to be able to analyze why their conditions of possibility are now in a precarious situation and to be able to answer this question.

Índice

INTRODUCCIÓN.....	5
I. SOBRE EL ÁGAPE.....	7
II. SOBRE EL AMOR PROPIO.....	14
III. ÁGAPE Y AMOR PROPIO EN LA ACTUALIDAD.....	19
CONCLUSIONES.....	26
BIBLIOGRAFÍA.....	28

Introducción

¿Qué es el amor? Esta cuestión es similar a preguntarnos qué es el arte o qué es la justicia. Como el tiempo en San Agustín, sé lo que es el amor hasta que me lo preguntan. Tal como lo describe Bauman (2018), en el mundo moderno líquido, el amor se ha vuelto en todas sus vertientes (amor romántico, amor a los hijos, *philia*, ...) un objeto más de consumo (p.28). Se rige por las leyes de mercado y no se duda en reemplazarlo por otra versión nueva y actualizada que creemos que será mejor para nosotros. Este contexto de modernidad líquida donde todo tiene una fecha de caducidad, incluso el amor, es el marco en el que vamos a centrar nuestro objeto de análisis para este trabajo. Bauman introduce esta noción de liquidez de la que dispondremos para referirse a la falta de compromiso, la inestabilidad y la fragilidad de los vínculos humanos. Incapaces de construir estructuras sólidas por miedo a su duración más allá de lo deseado, nos movemos en la fluidez de lo líquido. El propio Bauman la describe como el epítome del estado permanente de incertidumbre. (2015, p. 81).¹

Existen diversas formas de amor, dependiendo de su objeto. En el presente trabajo nos centraremos en el amor que tiene como objeto a uno mismo y en algunos de los tipos de amor que tienen como objeto al otro, especialmente en el ágape.

El amor propio se entiende impregnado de cierto componente egoísta (o más bien narcisista) que ha llevado a pensar que una persona que se ama a sí misma es alguien que mira por sí mismo sin necesidad de tener en cuenta a los demás. Este supuesto aspecto egoísta no ha sido visto con buenos ojos desde el punto de vista social. Sin embargo, veremos como estas connotaciones siguen estando presentes cuando hablamos de amor propio a día de hoy, aunque no necesariamente en un sentido peyorativo. El ágape, por otro lado, es el tipo de amor al prójimo que podemos ver, por ejemplo, en la figura de San Francisco: el don de dar sin esperar nada a cambio, amor puro y desinteresado (L. Boltanski, 2000, p. 175). Este sería el único tipo de amor que podríamos equiparar al altruismo, pues implica beneficiar al otro incluso a costa de salir perjudicado. Aunque veremos que el ágape no es exactamente un tipo de altruismo.

El objetivo de este trabajo es ofrecer una aproximación y ver las características comunes existentes entre estas dos formas de amor, el amor propio y el ágape, aunque a primera vista parezcan mutuamente excluyentes. Posteriormente, a partir de esas descripciones, podremos

¹ Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. Fondo de cultura económica.

analizar críticamente cómo se encuentran dichas formas de amor en el día a día en la modernidad líquida.

En primer lugar, haremos una aproximación al ágape, distinguiéndolo del eros y de la *philia*, otros tipos de amor que implican una alteridad. A continuación, describiremos la naturaleza y caracterización tradicional del amor propio, diferenciándolo del egoísmo y del narcisismo, nociones con las que comúnmente se ha visto relacionado. Y, por último, realizaremos la comparación entre ambos, el ágape y el amor propio, en el contexto líquido actual. El objetivo es mostrar la evolución y los cambios de estos dos tipos de amor y sus aplicaciones sociales actuales para poder determinar si efectivamente se encuentran en una situación de precariedad y por qué.

Cabe señalar que de las diversas sociedades y culturas (o multiculturas) extendidas por todo el globo, no todas tienen por qué coincidir -de hecho, no coinciden- con el modo en que se entienden estos dos tipos de amor en la sociedad moderna líquida occidental. Es necesario tener en cuenta que cada cultura tiene su esencia y manera de entender el amor, y que, por lo tanto, se podrían estudiar los efectos que produce el modo de vida capitalista en el resto de las culturas debido a la globalización y su carácter desigual. No obstante, pese a tener en cuenta este marco global, se trata de una perspectiva y dimensión distinta a la que aquí nos ocupa, por ello nos limitaremos a señalarlo, pero sin desarrollarlo.

I. Sobre el ágape

La teoría tradicional del ágape nos presenta esta forma de amor como la más pura y desinteresada. El término tiene una referencia ante todo teológica (L. Boltanski, 2000, p.160). Designa un tipo de amor que se da desde arriba hacia abajo, como es el caso del amor de Dios por los hombres. La manifestación de este amor en el ámbito social o interpersonal se traduce como amor al prójimo. Es importante aclarar que el ágape no se limita al amor al prójimo dentro de una determinada comunidad religiosa, aunque principalmente lo encontramos en el cristianismo (especialmente en el católico), derivado del Mandamiento del Amor: “Amarás al Señor, tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo” (MT. 22, 34-40).² Sin entrar en la cuestión del amor de Dios a los hombres o viceversa, nos centraremos en la línea horizontal de este mandamiento: amar al prójimo como a ti mismo. Como señala Boltanski (2000), la antropología puede disponer de este término en apariencia únicamente religioso debido a la naturaleza del mismo; una persona en estado de ágape lo manifiesta en presencia de cualquiera dentro de la sociedad, no solo en una determinada comunidad eclesial (p.161).

La principal peculiaridad del ágape respecto de otros tipos de amor cuyo objeto es la alteridad es que el ágape no sabe reconocer el valor de su objeto. Esto no debe entenderse en el sentido de que una persona en estado de ágape considere que el resto de las personas carezca de valor, siéndoles de ese modo indiferentes; bien al contrario, lo que significa es que el acto de amor del ágape no contempla en absoluto el mérito del prójimo. El ejemplo paradigmático es el de la figura de San Francisco, quien ayudaba no sólo a todas las personas con las que se cruzaba, sino también a todas las criaturas. A medida que vayamos avanzando, veremos por qué la figura del santo es la más indicada como ejemplo de un individuo en estado de ágape.

En oposición a la *philia* y al *eros*, el ágape “no contiene la idea de deseo”, sino que se constituye enteramente sobre la noción de don (L. Boltanski, 2000, p.161). El objeto de amor del ágape lo es por sí mismo, no por habérselo ganado de alguna forma, ni por favoritismos, y mucho menos por aquello que nos pueda aportar. Las personas a las que se dirige este tipo de amor son aquellas con las cuales se cruza la mirada, es decir, aquellas personas que encuentra a su paso la persona que está en el ágape (L. Boltanski op. Cit, p. 162). En términos de Lévinas (1961, p. 272)³ podríamos decir que el objeto de amor de los individuos en estado de ágape son

² Dr. Evaristo Martín Nieto (2012). *La Santa Biblia*. SAN PABLO. RotäBook, S.L., Toledo.

³ Lévinas (2002) *Totalidad e infinito; Ensayo sobre la exterioridad*. Hermeneia 8. Salamanca.(Original publicado en 1961).

todas aquellas personas (incluso podríamos extenderlo a todas las criaturas, como muestra San Francisco) en cuyo rostro reconozco expresado el mandamiento “no matarás” (Deuteronomio, 5:17). Boltanski (2000) señala que esto supone que el ágape no tenga en cuenta la noción de proximidad, como sí la contemplan la *philia* y el eros o, incluso, el amor romántico. El ágape no se rige por proximidades familiares, amistosas o nacionales. Para el autor, en el caso de la amistad, por ejemplo, se necesitan una interacción y reciprocidad que no son posibles sin la proximidad (cabe señalar que, como es obvio, todavía no existían cosas tales como las videollamadas u otros recursos que facilitan la comunicación a distancia). Aunque aceptemos que el ágape no tiene en cuenta la proximidad a nivel biológico o de parentesco con la alteridad a la que ama, consideramos que en toda forma de amor es necesario un elemento de proximidad física para poder efectuar cualquier acto de amor. De hecho, la etimología de la propia palabra “prójimo”, del latín *proximus* (más cercano, próximo), deja de manifiesto la importancia de la proximidad.

A día de hoy, con las nuevas tecnologías parece que ya no es necesario el factor de proximidad para poder demostrar nuestro amor a otra persona. No obstante, muchos de los beneficios que ofrece la proximidad no puede suplirlos la tecnología. Mirar al otro al rostro no es igual si se hace a través de una pantalla. Uno de los ejemplos más recientes que tenemos en relación con la importancia de la proximidad es el de la pandemia de Covid-19. Según un artículo publicado en la Revista Cubana de Salud Pública⁴, no solo en jóvenes y adolescentes, sino también en personas adultas, el aislamiento provocó (entre otras cosas) un considerable aumento de los casos de miedo constante a la muerte, ansiedad generalizada, síntomas depresivos y tendencia al consumo recurrente de sustancias como las drogas y, especialmente, el alcohol. Como podemos apreciar, a pesar de disponer de avanzados recursos tecnológicos que nos permitían mantener el contacto con nuestros seres queridos pese a la distancia, las consecuencias psicológicas a causa de la falta de proximidad fueron realmente graves.

Volviendo con la caracterización, más allá de las consideraciones respecto de la proximidad, el don del ágape no solo no contempla los méritos de su objeto de amor, sino que no espera que todo lo que da le sea devuelto. Ya no sólo en un sentido material, como ocurre, por ejemplo, en el caso de la *philia* donde se espera cierta reciprocidad entre los miembros de la relación de amistad (por ejemplo, te presto dinero hoy y espero que cuando lo necesite me prestes dinero tú); sino tampoco en un sentido inmaterial. El individuo en estado de ágape no

⁴ Broche-Pérez, Y., Fernández-Castillo, E., & Reyes Luzardo, D. A. (2021). Consecuencias psicológicas de la cuarentena y el aislamiento social durante la pandemia de COVID-19. *Revista Cubana de Salud Pública*, 46, e2488.

espera que la persona a la que ofrece su amor le corresponda, por ello decimos que es la forma más pura y desinteresada de amar a alguien. Es importante destacar que no debe confundirse el ágape con amor a la humanidad en un sentido amplio. Esto implicaría amar al prójimo por su condición de ser humano compartida conmigo o por pertenecer a la especie humana en general, y nada más lejos de la naturaleza del ágape. Hemos dicho que este no se mueve por favoritismos ni atributos de ningún tipo que podamos apreciar o admirar de la otra persona. El ágape, a diferencia de los otros tipos de amor mencionados, rechaza la equivalencia. No precisa de una anterioridad que le permita evaluar el objeto amado y sus méritos para actuar conforme a dicha evaluación. No tenemos en cuenta absolutamente nada del prójimo cuando estamos en estado de ágape. Es el acto de amar a la alteridad en tanto alteridad. Es por ello por lo que tampoco podemos equiparar el ágape al altruismo en sentido biológico, pues la persona en estado de ágape no ama al prójimo por su condición de ser humano ni esconde, aunque sea de forma inconsciente, un deseo de supervivencia de la especie. No obstante, cabría ahondar más en la naturaleza del altruismo para ver si realmente este es equiparable en ciertos aspectos al ágape.

El ágape “ignora la acepción de personas”, no porque no pretenda la equidad, sino porque está situado al margen de la justicia (L. Boltanski, 2000, p.163). En el caso de la *philia*, por ejemplo, sí vemos una notoria pretensión de equidad y justicia, pues se busca el beneficio mutuo. Una relación de amistad debe ser beneficiosa y justa para ambas partes, de lo contrario la parte agraviada cesaría la relación. El ágape no entra a hacer estos cálculos, porque no los contempla, se sitúa al margen de cualquier tipo de intercambio. En términos de Boltanski (2000), el ágape constituye el núcleo de una nueva ley en la que, a diferencia del juridicismo, la validez de los actos en los que se realiza depende de la intencionalidad de quién actúa (p.163). En este sentido, podríamos establecer un cierto paralelismo con el formalismo de la ética kantiana, ya que lo importante sería la buena voluntad a la hora de realizar la acción y no las consecuencias que se deriven de esta. Del mismo modo, podríamos relacionar el ágape con el principio de dignidad, pues trata a los seres humanos como fines en sí mismos y no como medios. Aunque cabe señalar que el ágape no pretende ser una ética ni constituir una ley universal de conducta, como sería el caso del imperativo categórico kantiano.

El ágape, por tanto, está situado al margen de cualquier tipo de cálculo, así como de previsiones en relación al tiempo. La persona en estado de ágape no hace cálculos, ya que no le interesan los planes de futuro, el acto de amor se realiza en el aquí y el ahora sin tener en cuenta el pasado del prójimo ni el futuro del mismo. Incluso sin tener en cuenta el propio futuro.

En términos de Kierkegaard (1847), la acción del ágape “está sumergida en la permanencia”, se encuentra “enteramente en el presente” (citado en Boltanski 2000, p.170).

Podemos ahora caracterizar la figura de San Francisco como una persona que vivía al día, ayudaba a todo aquel con quien cruzara la mirada sin tener en cuenta la correspondencia o reciprocidad del amor que daba, y no realizaba ningún tipo de cálculo. A día de hoy podríamos decir que se trataba de alguien despreocupado que daba sin esperar nada a cambio.

San Francisco reacciona de la siguiente manera frente a Silvestre “el avaro”, quien creyéndolo rico porque da a los pobres, le reclama cada vez más dinero por las piedras que le ha vendido: Francisco, que no está en la justicia, sorprendido por su avaricia y sin querer discutir con él (...), puso las manos en el regazo de *maese* Bernardo, y tras llenarlas de dinero las puso en el regazo de *maese* Silvestre, diciéndole que si quería más le daría más.

(L. Boltanski, 2000, p. 175).⁵

Es precisamente el rechazo al cálculo lo que lleva a la opción de la pobreza (Boltanski, 2000, p.175), pues al dar todo aquello de lo que dispongo a los demás me aseguro de quedarme sin nada. Más aún si, como ocurre en estado de ágape, no hago cálculos de futuro ni busco reciprocidad alguna en mi beneficio. Sin embargo, Boltanski (op. Cit.) advierte que en una comunidad donde todos los individuos estén en estado de ágape, la acción de todos ellos se coordina y resulta mutuamente beneficiosa. Esto implica que estén todos movidos por una misma voluntad: amar al prójimo. No obstante, en los tiempos de la modernidad líquida esto parece una utopía que dista mucho de realizarse.

Volviendo sobre el mandamiento del amor, ¿podríamos decir que San Francisco amaba al prójimo como a sí mismo? Más bien parece que amaba al prójimo por encima de sí, pues no solo vivía en la más estricta pobreza, sino que teniendo poco lo daba a los demás. Llegados a este punto uno podría plantearse, como hace Boltanski, si se puede distinguir entre el ágape y la idiotez. Basándose en Nietzsche (1985, citado en Boltanski 2000, p.178), la respuesta parece ser negativa, ya que este considera que “cuando alguien no calcula, no prevé, no devuelve golpe por golpe”. Sin embargo, Boltanski (op. Cit.) advierte que, pese a que un idiota no calcule, este

⁵ Esta anécdota de San Francisco la recoge Boltanski de *I Fioretti de San Francesco*, una obra anónima que recopila diversas anécdotas de la vida del santo. Los *Fioretti* datan de la segunda mitad del siglo XIV.

puede “responder a la violencia con violencia”, cosa que un santo no hará (p. 179). De nuevo, la paciencia y el amor puro sin importar las cualidades del otro son la clave para distinguir la conducta del ágape. Este tipo de amor, como demuestran los santos frente a las tentaciones, es pasivo frente a la violencia y está al margen de la justicia.

En cualquier caso, vemos personificado en la figura del santo el don del ágape, contrario a cualquier tipo de deseo. Esto se entiende teniendo en cuenta que en estado de ágape no tienen cabida ni el cálculo ni la autorreferencia. Por ello Boltanski (op. Cit.) señala que este tipo de amor se encuentra más allá del lenguaje. El ágape es una praxis, es el paciente y constante acto de amar a la alteridad. Como hemos visto, no hay interacción alguna entre las partes implicadas en una relación amorosa del tipo del ágape, de hecho, no parece acertado llamarlo relación de amor porque no existe ningún tipo de relación. No hay interacción ni se la espera, no se precisa una respuesta por la parte que recibe el acto de amor.

Retomando las consideraciones de Boltanski (2000) sobre que el ágape se encuentra más allá del lenguaje, este nos dice que “El amor no emite discurso sobre sí mismo” (p.179). Esto puede verse reflejado en algunas de las expresiones de nuestro lenguaje ordinario. Pongamos el caso de que hablamos con diversas personas que se encuentran en estado de ágape, es decir, con personas que realizan actos de amor hacia individuos con los que se cruzan sin evaluar sus méritos y sin esperar nada a cambio. Por ejemplo, voluntarios que ayudan a la reconstrucción de una comunidad tras algún desastre natural (como ocurrió con los recientes terremotos en Turquía en febrero de este año, o con el terremoto que arrasó Haití en 2010) o, incluso, cuidadores de animales que se encargan de rescatarlos y de volver a introducirlos en su hábitat natural.

Cabe señalar que estos ejemplos son de personas en estado de ágape que podemos encontrar en la sociedad actual que, por su condición de liquidez, dificulta que el estado en el ágape sea permanente como era en el caso de San Francisco. En el presente contexto líquido, como veremos en la última sección, es prácticamente imposible mantenerse en este estado de ágape de forma permanente.

Las respuestas que solemos encontrar al pedir a dichas personas que describan el amor que sienten por su prójimo son frases tales como “es maravilloso e indescriptible”, “colma por completo” o “no hay palabras para expresarlo”. Encontramos serias dificultades en el lenguaje natural para expresarnos acerca del ágape, precisamente porque se trata de un estado al margen del discurso. No podemos caracterizar este tipo de amor como bueno, malo, hermoso o terrible, porque se nos escapa cuando tratamos de atraparlo con el lenguaje. En términos de Latour

(1988, citado en Boltanski 2000, p. 167), no podemos construir una teoría del amor, pues para hacer una teorización debemos adoptar un punto de vista general que implique las nociones de tiempo y espacio de las cuales el amor escapa. Por no hablar de la pluralidad de costumbres con respecto a los actos de amor que se dan en las múltiples culturas y la imposibilidad de aunarlas todas bajo un mismo criterio único y general. Por ejemplo, en la cultura del obsequio en Japón, existen gran cantidad de ocasiones en que se puede -y se debe- hacer un regalo al otro. En la festividad del día blanco, por poner un ejemplo, los varones obsequian con chocolate blanco o ropa blanca (entre otras cosas) a las mujeres de sus vidas con las que mantienen una relación estrecha. También existe la costumbre de regalar al volver de un viaje o, a mediados y a finales de año. Estas muestras de amor de la cultura japonesa presentan cierto carácter normativo, pues se consideran esenciales para ayudar a mantener los lazos interpersonales y la armonía colectiva, que se entiende más relevante que la individual (así ocurre en la mayoría de las culturas orientales). En la sociedad occidental capitalista líquida, hacer un regalo es una decisión puramente individual de la persona que regala, y no se entiende necesariamente que recibir un regalo implique regalar de vuelta.

Volviendo al contexto moderno líquido en la cuestión del lenguaje, el ágape escapa al espacio -donde las personas se comparan- y al tiempo, pues, como hemos dicho, no concibe el cálculo. Sería la parábola, una conjunción entre la narración y la metáfora, que constituye una historia cerrada, el medio apropiado para hablar del amor (del ágape concretamente) (L. Boltanski 2000, p.181). Tal vez Wittgenstein⁶ no compartiría esta visión de Boltanski, pues desde su propuesta -de las *Investigaciones Filosóficas*- podemos entender que el lenguaje no referencia cosas, sino que las crea; las reglas del lenguaje son en relación al uso, lo que no supone ningún problema, en principio, para caracterizar la praxis del ágape. En cualquier caso, a grandes rasgos podríamos concluir que los recursos discursivos de que disponemos se quedan cortos a la hora de tratar de teorizar sobre el amor. Al igual que al expresar algún tipo de dolor o malestar los demás han de creermos, pues no tienen la capacidad de acceder a mis contenidos mentales para comprobar la veracidad de mis enunciados, del mismo modo ocurre al expresar el amor por alguien. Por ese motivo insistimos en que el amor, especialmente el ágape, más allá del discurso se manifiesta en la práctica.

Con todo, vemos que en comparación con el eros o la *philia*, dos formas de amor evidentemente muy presentes en la modernidad líquida, el ágape está desprovisto de cálculos, balances, comparaciones y formalismos. Se guía solo por el corazón. Es un amor sin límite ni comparación que pasa por amar a todo aquel con el que coincidimos de forma desinteresada y

⁶ Wittgenstein, L. (2021). *Investigaciones filosóficas*. Trotta. (Original publicado en 1953)

con paciencia, amar incluso a nuestros enemigos. Bauman (2018) considera que “la fe en la regularidad del mundo y la previsión de los hechos” son condiciones indispensables para la cordura (p.21). Esto parecería señalar que el individuo en estado de ágape no es en absoluto un sujeto cuerdo. Sin embargo, no hay que olvidar que el amor al prójimo viene de la mano del amor a uno mismo, como veíamos en el mandamiento del amor; y el amor propio sí está sujeto a cálculos y previsión, como veremos a continuación.

II. Sobre el amor propio

El amor propio es aquel tipo de amor cuyo objeto es uno mismo. El amor a sí mismo, retomando el mandamiento del amor mencionado en la sección anterior, es el ejemplo que nos indica cómo debemos amar al prójimo: amar al prójimo como a ti mismo. Es el amor propio condición de posibilidad para amar a cualquier otro ser. Sin embargo, la tradición occidental ha entendido el amor a uno mismo como algo negativo, equiparándolo a nociones como egoísmo y narcisismo. Así lo vemos en algunas figuras destacadas de la historia como son Calvino, quien califica al amor propio de “peste”, o Freud, quien hace una asimilación entre amor a uno mismo y narcisismo (E. Fromm 2016, p.82).⁷ Esta asunción del amor propio como egoísmo contrario al amor al otro puede parecer verse apoyada por la descripción anterior que hemos hecho del ágape. Veíamos en San Francisco como el darse por completo a los demás de manera pura y desinteresada le llevaba a quedarse sin nada en la más estricta pobreza. La sensación es la de que para amar plenamente al otro debemos dejar de lado cualquier tipo de consideraciones respecto de uno mismo, y nada más alejado de lo que dicta el mandamiento del amor. En el caso de San Francisco, como se muestra en diversas anécdotas de los *Fioretti*, él mismo acudía a pedir limosna y alimentos para poder subsistir y se procuraba pertinentemente tiempo de descanso y oración. De modo que el amor puro y desinteresado que tenía por el prójimo estaba en convivencia con el amor de sí, en tanto se procuraba tener las necesidades básicas (aunque fueran muy esenciales) cubiertas. De lo contrario, si no hubiera tenido en cuenta sus propias necesidades, no habría podido ayudar, ni mucho menos amar, a nadie.

Aunque a día de hoy se encuentra más arraigado en la sociedad y aceptado el hecho de que debe uno amarse primero a sí para poder amar luego al otro (ya sea amar al otro en tanto otro o amar al otro de forma romántica), esta connotación negativa que equipara el amor propio con el egoísmo y el narcisismo lo ha acompañado durante mucho tiempo. A continuación, trataremos de ilustrar las diferencias entre el egoísmo y el amor a sí mismo. Estas diferencias nos ayudarán a separar estos dos conceptos, que hasta el momento continúan problemáticamente relacionados, y a desentrañar la naturaleza del amor propio.

⁷ A falta de haber encontrado una fuente bibliográfica más reciente que me resultara más completa y de similar relevancia he optado por basarme en esta obra de Erich Fromm, *El arte de amar*. (1ª edición 1959). Paidós. (Original publicado en 1956). A pesar de que han pasado más de sesenta años desde la primera edición de la obra, Fromm sigue estando en la vanguardia narrativa en relación a los temas que nos ocupan, como veremos en el desarrollo de esta sección.

En la segunda mitad del siglo XX, cuando Kohlberg⁸ (discípulo de Jean Piaget) presenta su teoría del desarrollo moral humano, vemos que, en la tercera y más elevada fase, la posconvencional, (a la que señala que no todo individuo es capaz de llegar) las personas son capaces de comprender y aceptar los principios que entrañan las normas. En este estadio se asume que las normas que rigen a los individuos son legítimas al ser fruto del consenso social, al tiempo que existe una visión global y posición crítica con voluntad de cambio de aquellas normas que no sean beneficiosas para la calidad de vida del grupo. Como vemos, se piensa en términos de conjunto, de buscar lo bueno para la mayoría y la adecuada convivencia de la comunidad. Cualquier ápice de egoísmo que encontremos en estas teorías del desarrollo moral humano queda relegado a las etapas tempranas de la vida de una persona, donde ésta no es capaz de ponerse en el lugar de los otros; cosa que se espera que llegue a poder corregir con el tiempo. Como vemos, lejos de las nociones de cuidado, conocimiento, respeto y paciencia que caracterizan los actos de amor (sea cual sea el objeto de este), el egoísmo se entiende como un pensar en las propias necesidades al margen del resto de los individuos y se critica desde el punto de vista de la comunidad.

Paradójicamente, con el mismo ímpetu con que se critica el egoísmo, se busca el máximo beneficio propio en la sociedad capitalista contemporánea. Esto no solamente ocurre en el ámbito económico y empresarial. En el ámbito estudiantil, por ejemplo, el compañerismo está cada vez menos presente. Como experiencia personal, no solo los estudiantes son (o somos) cada vez más reacios a prestar nuestros apuntes, sino que ha llegado un punto en el que hay gente capaz de mentir sobre la fecha de un examen o de una entrega con tal de eliminar competidores y poder sacar la máxima puntuación. Por no hablar de la rivalidad a la hora de conseguir plazas en grados o máster. Sin embargo, igual que al preguntar si queremos que haya paz en el mundo, al preguntar si se prefiere convivir con individuos generosos antes que con individuos egoístas, la gran mayoría de la sociedad responde que sí. Por ello es importante saber a qué refieren los términos ‘egoísmo’ y ‘amor propio’ para poder distinguirlos y usarlos de manera adecuada.

El amor propio, al tenerse como objeto de amor a sí mismo, se procura cariño, respeto, paciencia y conocimiento. Al igual que un individuo egoísta, la persona que se ama a sí tendrá en consideración sus propias necesidades. Sin embargo, el individuo que está en estado de amor a sí mismo no tratará de satisfacer sus necesidades a toda costa ni a cualquier precio. Podríamos decir, en términos aristotélicos, que la virtud reside en el término medio. El equilibrio entre

⁸ Kohlberg, L. (1992). *Psicología del desarrollo moral* (Vol. 2). Bilbao: Desclée de Brouwer. (Original publicado en 1981).

amarse a uno mismo y amar al prójimo nos indica, tal como dicta el mandamiento del amor, la forma correcta de amarse a uno mismo sin caer en el egoísmo. El sujeto egoísta, tal como lo describe Jean Piaget⁹ cuando habla de las etapas del desarrollo moral del niño, es aquel que solo contempla el “yo”. Todo lo que no sea “yo” constituye el “no-yo” y por lo tanto no me incumbe más que para lo que yo necesite. El amor propio, en cambio, no es completamente desinteresado y desprovisto de cálculos como era el caso del ágape, y consiste en una consideración de las necesidades de uno mismo en balance con el exterior. En términos de Fromm (2016), el egoísmo y el amor a sí mismo no solo no son sinónimos, sino que son opuestos (p.85). La persona egoísta, desinteresada por la alteridad, es incapaz de amarse a sí misma. Del mismo modo en que, aunque amamos a nuestros hijos no les damos todo lo que desean, amarse a uno mismo no es procurarse todo lo que se desea sin medida alguna. Queda por tanto de manifiesto que la diferencia crucial entre el amor propio y el egoísmo es la consideración de lo exterior, del espacio de la alteridad y de sus necesidades.

También es preciso desvincular la noción de amor propio del concepto de narcisismo para poder caracterizarlo propiamente. En primer lugar, debemos prestar atención al término “narcisista”. Actualmente lo empleamos para designar a aquella persona que tiene una excesiva consideración de sí misma. El origen reside en el mito de Narciso, de Ovidio. Narciso era un joven tan apuesto como vanidoso, que rechazaba cruelmente a todos sus pretendientes. Existen diversas versiones del mito, pero en la más conocida Narciso muere ahogado en el río intentado atrapar su propio reflejo, ya que al verse había quedado enamorado de sí mismo. Como vemos, el adjetivo narcisista incluye un componente autodestructivo de la persona de la que se predica. El amor propio no puede ser autodestructivo, pues el amor no destruye, sino que crea. El amor es una actividad que “tiende al crecimiento y la felicidad de la persona amada” (Fromm 2016, p.84). Esto no significa que el amor consista en la ausencia de conflicto. Como en todos los ámbitos sociales, el choque de intereses de la diversidad de individuos es inevitable. Lidar con el conflicto con paciencia, cuidado, respeto y conocimiento (virtudes que también hemos visto que estaban presentes en el ágape) es lo propio del amor.¹⁰

Retomando el mito de Narciso, podríamos señalar que esta tendencia autodestructiva no es propia del amor, sino del deseo posesivo sobre el objeto. Tal como los distingue Bauman (2018), el deseo es el impulso de consumir el objeto deseado, mientras que el amor pretende

⁹ Piaget, J., & Inhelder, B. (2016). *Psicología del niño (ed. renovada)*. Ediciones Morata. (Original publicado en 1966)

¹⁰ Erich Fromm (op. Cit) caracteriza en su obra el acto de amor con estos adjetivos. Sin embargo, en lugar de introducir la paciencia él considera la comprensión. He convenido sustituir la comprensión por la paciencia dado que considero que esta última cualidad es condición de posibilidad de la primera.

querer y conservar su objeto (p. 28). Ello explicaría el ansia de Narciso por atrapar su propio reflejo, se deseaba sin medida. El amor, en cambio, pretende conservar su objeto; su impulso es de expansión y cuidado. Se produce en el acto de amor una retroalimentación que incrementa ese impulso de la persona que ama de expandirse hacia el exterior, hacia el otro, y de cuidarlo procurando su crecimiento (ya sea en sentido literal o figurado). Tal como muestra un estudio sobre psicología positiva de la Universidad de Michigan¹¹, ciertos rasgos de carácter como la esperanza, la amabilidad o el amor propician una mejor relación con el resto de los individuos y se asocian a un mayor bienestar en la vida del sujeto que las presenta. Así, el éxito en el ámbito laboral o escolar no queda únicamente asociado a la motivación y o perseverancia del sujeto; sino a la gratitud, amor y amabilidad (entre otras cualidades) que este presenta -y se hace recíproca- en dichos ámbitos donde se exterioriza. Un ejemplo habitual sería el de dar los buenos días al entrar en la oficina o al llegar a nuestro puesto de trabajo. Podríamos decir que la amabilidad, amor o educación del sujeto que saluda se expanden hacia el exterior del mismo, en este caso hacia sus compañeros de trabajo. El ambiente que se genera cuando se saluda o se dan las gracias es completamente distinto al generado cuando no se hace. Lo mismo ocurre en el caso del amor propio, aunque con la salvedad de que el objeto hacia el que se expande ese amor y del que se procura el cuidado y crecimiento es uno mismo. Podemos concluir, por tanto, que, a diferencia del narcisismo, el amor propio no es autodestructivo, sino que procura el cuidado y la conservación de su objeto y se expande.

¿Qué es, entonces, el amor propio? En este caso, hemos desvelado todo lo que no es -y se creía que era- el amor a uno mismo, distinguiéndolo del egoísmo y del narcisismo. Veamos qué nos queda, por tanto, bajo el concepto de amor propio. Amarse a uno mismo implica unos cálculos, una planificación (que no encontrábamos en el ágape) y la necesidad de escucharse a uno mismo para poder atender las necesidades propias. Podríamos decir que la persona que se ama a sí misma se procura lo necesario (ya sea material o inmaterial) en la medida en que lo necesita (sin excesos y sin faltas). Igual que a un hijo lo alimentas, le das cariño, descanso, tranquilidad, cuidas su higiene y velas por su correcto crecimiento y adquisición de conocimiento; lo mismo se hace por el objeto del amor propio.

Cabe señalar la importancia de no confundir el amor propio con el instinto o la voluntad de supervivencia. “La supervivencia es posible sin amor propio”, de hecho, el amor a uno mismo puede ir en contra de la supervivencia en algunos casos (Bauman 2018, p.127). Para Bauman (op. Cit), el amor propio, tal como lo hemos descrito, es fruto de considerarnos a

¹¹ Park, N., Peterson, C., & Sun, J. K. (2013). La psicología positiva: investigación y aplicaciones. *Terapia psicológica*, 31(1), 11-19.

nosotros mismos seres dignos de ser amados. Sin el respeto, cuidado, paciencia y conocimiento que han tenido por nosotros las personas que nos han amado (o que nos aman), no podríamos brindárnoslos a nosotros mismos. Veríamos, entonces, cierta bidireccionalidad del mandamiento del amor. Esto deja de manifiesto la cualidad social inherente a los seres humanos, aprendemos a amar en sociedad, ya que necesitamos al otro para aprender incluso a amarnos a nosotros mismos. “Amar al prójimo como nos amamos a nosotros mismos significaría entonces respetar la unicidad de cada uno y cada una, es decir, el valor de nuestras diferencias” (Z. Bauman 2018, p.129).

El amor de sí implica hacer todas esas cosas por uno mismo. A diferencia del ágape, vemos que en el amor propio existe un cálculo, unos planes de futuro, una consideración del pasado y un examen de los atributos del objeto de amor. Pero, del mismo modo que el ágape, el amor a uno mismo implica un acto (el amor como praxis) que concibe a su objeto como un medio y no como un fin, y es un estado de amor en el que no se encuentra la totalidad de los individuos. Esto es así ya que, como en el ágape, se trata de un estado que se manifiesta en la práctica y que por ello implica un esfuerzo. El amor es hacer y el amor propio es hacer por uno mismo. Aunque, como hemos dicho, no es hacer solamente por uno mismo de forma atomizada, sino considerando la alteridad.

III. Ágape y amor propio en la actualidad

“El amor está amenazado, tal vez muerto, o al menos bastante enfermo”, así describe Byung-Chul Han (2018, p.5) la situación en la que se encuentra el amor en la actualidad. En el contexto de la modernidad líquida, no encontramos lugar para el amor debido a que todos los objetos de amor (sea del tipo que sea este) se han visto convertidos en objetos de consumo. Así, por ejemplo, en el amor romántico el sujeto actual considera a su pareja un objeto del que puede disponer mientras este le reporte ciertos beneficios. En cuanto los beneficios dejen de ser tales o se encuentre una nueva pareja que pueda aportar más (o que se cree que puede aportar más) no se duda ni un instante en reemplazar lo que se tiene por lo “nuevo”. Parece que estamos hablando en términos de sustituir un móvil antiguo por uno de nueva generación, sin embargo, estamos hablando de personas. Podríamos decir que en la sociedad actual se actúa sin tener en cuenta el principio de dignidad humana, pues las personas son tratadas como productos dentro de un mercado.

Veamos cómo se han visto afectados los objetos de amor en el ágape y en el amor propio en este contexto de liquidez en el que nos encontramos.

Recordemos nuevamente el mandamiento del amor, según el cual debemos amar al prójimo como a uno mismo. En este punto se da la principal unión entre el amor al otro y el amor propio, como hemos visto. En la modernidad líquida el mandamiento sigue en vigor, pero ha adquirido una nueva connotación: se ama al prójimo como a uno mismo en tanto que el amor hacia ambos está determinado por los beneficios que ese objeto de amor me puede reportar. Tal como afirma Bauman (2018), todos los tipos de amor están sometidos a las leyes de mercado capitalista como bienes de consumo (p.28). Esto provoca que el ágape sufra cambios en su práctica. Ya no se puede estar en el ágape de forma permanente, como veíamos en los ejemplos presentados en la sección I. Como hemos comentado, el ágape es el tipo de amor desprovisto de cálculos que consiste en el don de dar sin esperar nada a cambio. A día de hoy, de la persona que se da enteramente a los demás sin esperar beneficio alguno se dice que “de buena, es tonta”, o directamente, que “es tonta”. El ágape se ha visto desplazado a un segundo plano por ser un tipo de amor que no reporta beneficio, concepto central en el mercado. Toda empresa que no genere beneficio alguno está destinada a desaparecer, pues no resulta rentable. El ágape, por su condición desinteresada, no resulta rentable para los sujetos actuales. No se consideraría, además, que una persona que ayuda al prójimo para tranquilizar su conciencia esté en estado de ágape, pues hemos dicho que el ágape es completamente desinteresado.

El amor propio, por su parte, se ha visto potenciado y exaltado. No porque haya perdido o amoldado sus connotaciones egoístas y narcisistas (las cuales hemos visto que podían ser rebatidas), sino porque ha variado su significado. El amor propio ha pasado de ser un respeto, cuidado y conocimiento de sí, a un tener cuidado y consideración con uno mismo solo en la medida en que somos nuestra condición y fuente primera de beneficio. Nos cuidamos ya que no podemos ser productivos y generar ganancias si no estamos en unas condiciones óptimas para ello. Byung-Chul Han (2014) habla de la modernidad como periodo en el que se da una auto explotación del sujeto (que se entiende como sujeto de rendimiento) (p.11), lo cual concuerda con el auge del amor propio ahora entendido en su nueva versión. En el contexto moderno (o posmoderno) líquido, no pretendemos amarnos a nosotros mismos de forma sana y pura, acorde con nuestras necesidades y teniendo en cuenta las necesidades del otro. Ya no hablamos del amor propio como acto de cuidarse, respetarse, conocerse y ser paciente con uno mismo por el hecho mismo de amarse; sino que procuramos estar bien cuidados, en buena forma física, bien alimentados... para poder producir. El objetivo desde una edad bien temprana es el de formarnos, para poder optar a un buen puesto de trabajo, para seguir mejorando y ascender... Todo ello con el objetivo de generar beneficio económico y encajar en la sociedad de mercado.

Con todo, podríamos afirmar que, aunque se hable de amor propio, lo que realmente se da en la actualidad es un márketing del sí mismo. Para lograr tener las mejores plazas en colegios y universidades, para poder alcanzar los mejores puestos de trabajo... debemos competir con el resto de los individuos. Lejos de tener amor a uno mismo, nos exhibimos y promocionamos recalando nuestros logros y cualidades positivas, y escondiendo nuestros defectos. Nos vendemos como un producto del que esperamos obtener un beneficio. El amor propio se ha transformado en un amor a medias. Se busca elevar a su máximo nivel todos los atributos propios destacables para sobresalir en una sociedad de la hipersalud, el hipertrabajo y el hiperrendimiento¹². Solo nos interesa estar sanos y en plena forma para poder rendir más y ser los mejores. Pero no los mejores en comparación con como éramos antes, sino los mejores en comparación constante con los demás. El sujeto se ha convertido en un bien de consumo que compite con el resto para sobresalir en el mercado. Y esta situación se ha extendido a todos los ámbitos, desde la competitividad en el mercado laboral a la competitividad en el mercado del “amor”. Pretendemos ser la mejor opción que alguien (incluso nosotros mismos, en el caso del amor propio) pueda escoger. Con ello no se critica en absoluto que un individuo lleve una vida sana y equilibrada, se cultive a nivel intelectual o intente dar lo mejor de sí mismo. El

¹² Han (2014) utiliza el término 'hiperconsumismo'.

problema está en considerar todas estas conductas de manera exagerada y auto impositiva. Está bien que queramos estar sanos, pero debemos quererlo porque pretendemos lo mejor para uno mismo en tanto que soy digno de amor, y no quererlo para lograr ser digno de amor. La dignidad, lejos de ser un premio que debemos ganarnos, debería ser considerada una característica inherente al ser humano. Tal como lo describe Levi Strauss (1987), “En una sociedad ordenada no podría haber excusa para el único crimen verdaderamente inexplicable del hombre, que consiste en creerse duradera o temporalmente superior y en tratar a hombres como objetos” (p.45).

Lograr este estado de sociedad ordenada es realmente complicado si, como hemos dicho que ocurre en la modernidad líquida, se considera a las personas (incluso a la propia persona) como medios y no como fines en sí mismas.

Esta situación de competitividad constante dificulta todavía más la posibilidad de ser del ágape, ya que en lugar de amar a aquellos con quienes cruzamos la mirada, nos medimos y competimos con ellos. La alteridad se convierte en un rival al que debemos superar antes de que nos supere a nosotros. El prójimo pasa a ser considerado como un mero instrumento para nuestro beneficio o, en su defecto, como un competidor. El valor de las personas en la actualidad se calcula en función del mérito de las mismas. Aunque, cabe destacar que esta característica no es exclusiva, ni mucho menos, de la sociedad actual (pese a que en el contexto líquido se ve agravada). El hecho de que en la actualidad se vean amenazadas las condiciones de posibilidad para que los individuos convivan en estado de amor, no implica que anteriormente las condiciones fueran las óptimas, ni que todos los individuos convivieran en ese estado. Puede apreciarse en la siguiente anécdota de nuestra recurrente figura de San Francisco:

Francisco mendiga pan en compañía del hermano Maseo ante gentes que, al no estar enteramente en el amor, dan a cada uno según lo que su apariencia revela de sus méritos. Francisco no recoge más que unos pocos bocados y pan seco porque tenía un aspecto despreciable y de talla pequeña, por lo que pasaba por un vil pequeño pobre para quien no lo conociera. Maseo por el contrario, era alto, de bella presencia y recibió muchos pedazos y panes enteros. [...] Francisco al ver que los pedazos de Maseo eran más bellos y numerosos manifestó un gran alborozo: “Oh, hermano Maseo, no somos dignos de un tesoro tan

grande como este”. Maseo preguntó cómo podían hablar de tesoro con la cantidad de pobreza y falta de lo necesario en la que se encontraban. Sin mantel, ni cubiertos, ni mesa, ni casa... San Francisco dijo entonces: “Es precisamente eso lo que tengo por un gran tesoro, que no haya nada preparado por la industria humana”.

(Boltanski 2000, p.176).

Además de la evaluación de las personas en función del mérito, también podemos apreciar en este fragmento el elogio de la sencillez y el rechazo de la “industria humana”, que podríamos reinterpretar en el sentido de acumulación de bienes innecesarios. Cosa que, aunque a veces oigamos que se predique actualmente, no sucede en la sociedad moderna capitalista. El consumo desmesurado es la esencia de nuestro día a día, cambiamos de muebles, de ropa o de teléfono móvil antes de agotar la vida útil del anterior. Es el consumo por el consumo más allá de la necesidad. Y del mismo modo el amor se ve desnaturalizado y dirigido por esta dinámica. Vivimos en un trajín constante de productividad y competencia para obtener ganancias y poder gastarlas, o invertir las para obtener todavía más. Como vemos, según nuestra caracterización anterior del amor propio y del egoísmo, en el contexto actual estaríamos más próximos a este último. No procuramos cubrir nuestras necesidades teniendo en cuenta la alteridad, sino que intentamos satisfacer todos nuestros deseos teniendo en cuenta al prójimo solo en la medida en que este puede beneficiarnos.

En este marco social, no hay lugar para la reflexión ni el cuidado interior, por lo que no hay espacio (o, mejor dicho, no hay tiempo) para el cuidado y conocimiento de las necesidades propias ni del otro, lo que dificulta en gran medida el acto de amor. Es decir, el objeto de amor carece de las condiciones de posibilidad necesarias para su existencia. Sin embargo, los libros de autoayuda y guías de buenos hábitos sobre cómo amarse y aprender a amar al otro rebosan en las librerías. Se pretende enseñar la práctica del amor sin las condiciones necesarias para ello. En términos de Bauman (2018), la actual abundancia de amor se debe a que los criterios que lo definen en todas sus vertientes se han relajado, se considera el amor como una actividad más en la que la práctica hace la perfección y cuyo dominio se puede adquirir acumulando experiencias (p.23).¹³

¹³Bauman utiliza esta descripción para caracterizar las relaciones del amor romántico y erótico en la modernidad líquida. En las relaciones de pareja, advierte una caducidad (en términos de bienes de consumo de mercado) del

En esta modernidad líquida parece que el amor está en todas partes, pero no está en ningún sitio. Esto quedaba plasmado anteriormente al hablar de la repentina importancia que se da al amor propio entendido como priorización del ‘yo’ para obtener beneficio. Para este propósito moderno de la optimización del ‘yo’ podemos encontrar títulos como *Sé tu propio jefe en 12 meses*, *Marca personal, cómo convertirte en la opción preferente*, o *Deja de ser tú*.¹⁴ Este último título me resulta en especial preocupante e ilustrativo de lo que Han (2018) describe como sujeto moderno actual. El sujeto de rendimiento, en términos de Han, es completamente transparente, se expone en las redes hasta tal punto de que desaparece por completo cualquier ápice de intimidad. Carecemos de un espacio íntimo y aislado del trájín y la liquidez en el que poder reflexionar y conocernos a nosotros mismos (lo que mencionamos que era una de las condiciones para el amor propio). Carecemos de intimidad. Ya no solo en relación con lo que exhibe el sujeto voluntariamente, sino a nivel inconsciente, todas las búsquedas que realizamos en los navegadores quedan registradas y almacenadas como datos que acaban en manos de las distintas empresas y en base a los cuales los algoritmos de las diversas aplicaciones nos enseñan un contenido u otro. Nos conocen más que nosotros mismos, saben lo que queremos antes de que lo sepamos nosotros, así describe Han (2014, p.21) el ‘Big Data’ que domina la modernidad líquida. Con ello se consigue además hacer campañas de promoción de productos y servicios que atraigan al consumidor, haciéndole creer que aquello que se promociona es lo que necesita.

Una de las sinopsis de los títulos recién mencionados dice lo siguiente: “El resultado es un método práctico de transformación para crear prosperidad y riqueza, pero también un viaje prodigioso a un nuevo estado de conciencia.”¹⁵ Como vemos, el objetivo último es obtener beneficios, incluso a costa de dejar de ser nosotros mismos.

En un contexto en el que el amor propio pasa a ser entendido como un continuo estado de promoción narcisista del yo y la alteridad se entiende como un medio para beneficiarse y no como un fin, ¿hay lugar para el amor? Han (2018) ya advierte de la importancia de defender el amor, pues lo considera necesario para la existencia misma (prólogo). La posible solución o

amor y del compromiso. Se considera la acumulación de experiencias como un factor positivo que permite comparar entre los distintos “objetos de consumo” para tomar una decisión.

¹⁴ Emerson, M. (2016). *Se Tu Propio Jefe En 12 Meses: Cuantas Veces Has Sonado Con Abrir Tu Empresa Y Ser Tu Propio Jefe?*. (n.p.): American Book Group.

Ortega, A. P. (2008). *Marca Personal: Cómo convertirse en la opción preferente*. Esic.

Dispenza, J. (2012). *Deja de ser tú. La mente crea la realidad*. (N. Martí Pérez, Trad.) Barcelona, España: Ediciones Urano, SA.

¹⁵ Dispenza, J. (2012). *Deja de ser tú...*, sinopsis.

alternativa que contempla el autor surcoreano a nuestro actual modo de vida orientado al beneficio es el amor al otro. Han (op. Cit.) caracteriza, siguiendo la doctrina platónica, específicamente el eros como aquel tipo de amor que considera al otro más allá del rendimiento y del poder. Considera que “el Eros, según Platón, dirige el alma” (p.66); y precisamente por ello lo propone como tipo de amor al otro que ha de servirnos para defender la posibilidad del amor en la actualidad. “Sin Eros degenera también el *logos*, que se convierte en un cálculo dirigido por datos”, aquellos datos que vamos dejando en todos los lugares en los que navegamos y que almacena el Big Data (p.66). No obstante, consideraremos más conveniente apelar al ágape para salir del narcisismo y la auto explotación del sujeto propios de la modernidad líquida. Como hemos visto en la primera sección, el eros (al igual que la *philia* o el amor romántico) se basa en el cálculo y la evaluación de la alteridad para establecer las condiciones que regirán sus actos en la relación amorosa. El ágape, en cambio, rechaza completamente el cálculo, que es precisamente lo que excede en la modernidad líquida regida por las leyes del mercado capitalista. Aunque Han (2018) advierte de que no hay que confundir el eros con el mero deseo por el objeto de amor, de hecho, indica que el eros “lo incita a producir bellas acciones” (p.66); en la práctica actual son términos completamente vinculados y confundidos. Lo que predomina es lo que Bauman (2018) denomina relaciones de bolsillo, relaciones fugaces e instantáneas que anulan cualquier tipo de compromiso, respeto, conocimiento y cuidado con respecto a la alteridad (p.45). Estando el ágape más allá del cálculo, de la justicia y de la equivalencia, y al no tener en cuenta ni los atributos del otro ni los planes de futuro propios, consideramos que es el tipo de amor a la alteridad que puede reconducir al sujeto para que quepa la posibilidad del amor propio abriendo espacios de reflexión. Es decir, por sus características, el individuo en estado de ágape, aunque no de forma permanente a día de hoy, consigue evadirse de cualquier tipo de cálculo y considerar a la alteridad en sí misma y sus necesidades; lo que facilita las condiciones de posibilidad para la reflexión por parte del sujeto y que este se conozca y reconozca sus propias necesidades pudiendo distinguirlas de los meros deseos. Así recuperamos la paciencia, el conocimiento, el respeto y el cuidado propios del acto de amor, más allá de la rentabilidad y el rendimiento. En términos de Bauman (2018), “La aceptación del precepto de amar al prójimo es el acto que da luz a la humanidad” (p.125).

Reeducarnos en el amor puede ser la vía de escape a las patologías y enfermedades de la modernidad líquida tales como la depresión, el TDA, las TCA, y la ansiedad, entre otras. Todas ellas son propias del contexto actual provocadas por la autoexplotación del sujeto de rendimiento y el rechazo de la negatividad, tal como señala Han (2014, p.11). Si queremos reavivar el amor, no podemos considerar a las personas (incluida la propia persona) como

medios, sino que debemos considerarlas como fines en sí mismos. De nuevo, es necesario el principio de dignidad. Como ya advertía Fromm (1956), una cultura en la que son “raras” la humildad, el coraje, la fe y la disciplina, “también ha de ser rara la capacidad de amar” (citado en Bauman 2018, p.25).

En cualquier caso, coincidimos con Han (2018) en que se necesita al “otro” para poder recuperar la posibilidad del amor en nuestros tiempos, en especial el amor propio desprovisto de egoísmos y narcisismos tal como lo hemos caracterizado anteriormente. Para conservar la posibilidad del acto de amor es necesario admitir y aceptar la libertad del otro, igual que la propia, de constituirse y decidir (aunque sea delimitados en el marco del juego capitalista), y no considerarlo como mero objeto de consumo. El contexto, como vemos, no es el propicio para el surgimiento de la solución o alternativa que hemos planteado. Sin embargo, aunque no podamos hacer que este mundo considere la dignidad de las personas teniéndolas como fines en sí mismos en lugar de como medios, y que se abran espacios de reflexión que posibiliten las condiciones para el amor; debemos intentarlo.¹⁶

De nuevo, la inseparable relación que conjuga el amor propio y el amor al prójimo explicitada en el mandamiento del amor es la clave. Si logramos recuperar la capacidad de mirar al otro al rostro, podremos ser capaces de amarlo y de amarnos.

¹⁶ Bauman utiliza esta estructura lingüística de “aunque no podemos...” “debemos intentarlo” al hablar de cosntruir un mundo bueno que propicie los sueños y la dignidad de sus habitantes como nos gustaría idealmente que fuera. (2018, p.133).

Conclusiones

El amor propio y el ágape, que a primera vista parecen opuestos, pues uno se dirige hacia el exterior y el otro hacia el interior, son en realidad dos caras de la misma moneda. El amor a uno mismo y el amor al prójimo se relacionan por completo como explicita el mandamiento del amor: amar al prójimo como a uno mismo. Sin embargo, cada uno presenta sus cualidades específicas. El ágape es la forma de amor más pura y desinteresada que tiene como objeto a la alteridad. Está situado al margen de cualquier tipo de cálculo, equivalencia o consideración tanto propia como respecto de su objeto de amor. Se encuentra, además, al margen de la justicia, pues tampoco contempla la reciprocidad o correspondencia del amor que brinda. Su objeto de amor es todo aquel con quien se cruza su mirada. El amor propio, por su parte, sí está sometido a cálculos, precisa un conocimiento y consideración de su objeto de amor y supone un balance de la consideración de las necesidades propias y de las del otro. Su objeto de amor es su propia persona en relación con el exterior, la alteridad.

En la sociedad moderna líquida, donde todo se ha tornado en un objeto de consumo que se rige por las leyes de mercado, parece no quedar lugar alguno para el amor. El amor propio se ha pasado a entender como un narcisismo orientado a la productividad, el individuo se autodestruye y se expone en busca de beneficio para poder encajar en la sociedad moderna capitalista. El ágape, por su parte, ha perdido la posibilidad de ser al habernos vuelto incapaces de mirar al otro al rostro por considerarlo un competidor que puede alejarnos de nuestro éxito. Somos incapaces de mirar al otro y actuar para con él sin entrar a valorar los riesgos de nuestra inversión. En este contexto de competitividad y autoexigencia constante debemos recuperar la capacidad de amar al otro, como ya señala Han (2018, p. 65), de forma que reestablezcamos la posibilidad del amor. De nuevo, cabe señalar, que esta caracterización pretende describir únicamente el contexto de la sociedad moderna occidental (sea lo que sea occidental) capitalista y no la situación del resto de sociedades ni culturas que se extienden por todo el globo.

Como vemos, las condiciones de posibilidad del amor están en este marco de liquidez en una situación de precariedad. Pero no por ello el amor está destinado a extinguirse. Aunque no de forma permanente, todavía encontramos individuos que están en estado de ágape y en estado de amor a sí mismos. Hemos mencionado ejemplos como las personas voluntarias que ayudan al otro cuando este ha sido víctima de una catástrofe natural, las personas que desinteresadamente velan por el cuidado y bienestar de los animales, o aquellas personas que se aman a sí considerando sus necesidades acorde con el exterior. Incluso podríamos añadir a los miembros de organizaciones como UNICEF o *Cáritas*, siempre y cuando actúen de forma

desinteresada y en base al principio de dignidad, que veíamos tanto en el ágape como en el amor propio. En estos estados de amor, se abren espacios de reflexión en los que dichos individuos son capaces de considerar la libertad, dignidad y necesidades del otro en armonía con las suyas propias. Actúan con paciencia, cuidado, respeto y conocimiento con su objeto de amor, características cruciales para que el acto de amor se dé. Lejos de considerar a sus objetos de amor como medios para conseguir un beneficio o como bienes de consumo, actúan en concordancia con la tradición del amor, considerándolos fines en sí mismos. Observamos como pese al ajeteo y celeridad de una sociedad en la que todo se vuelve líquido, incluso los vínculos humanos, los actos de amor puro siguen estando presentes en cierta medida. Y para que se mantengan es preciso conservar las condiciones que hacen posible su práctica. Aunque consideremos imposible lograr una comunidad ideal donde, como señalaba Boltanski (2000), todos los individuos se encuentren en estado de ágape impulsados por una misma motivación (amar al prójimo como a uno mismo), merece la pena intentarlo.

No supone esta crítica a la sociedad moderna líquida actual que todos los individuos deban cesar sus formaciones y dejar de lado sus empleos para dedicarse única y exclusivamente a cultivar los actos de amor. Sin embargo, dentro del fárrago y búsqueda constante de ganancias en que nos movemos, es necesario que haya cabida para la intimidad y la reflexión que nos permitan conocernos y considerar al otro en tanto otro; sin los filtros impuestos por las leyes de mercado. Considerar al otro como libre y digno de respeto, cuidado, conocimiento y paciencia, igual que a uno mismo, para dejar de considerar tanto a uno como a otro meros objetos de consumo en un mercado competitivo. De ahí la importancia de recuperar el amor al otro como a uno mismo, que es, en definitiva, considerar al otro y a uno mismo dignos de amor. Es necesario amarse a sí para poder (saber) amar a los demás, y aprendemos a amarnos dentro de la sociedad. Por ello es preciso que se den en esta las condiciones de posibilidad necesarias para la realización del amor. Solo entonces el yo y el otro, emancipados del antagonismo al que se han visto sometidos, recuperan su unidad pudiendo fundar juntos el *nosotros* contra una sociedad enemiga del hombre (C. Levi Strauss 1987, p. 42).

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2018). *Amor líquido: sobre la fragilidad de los vínculos humanos*. (Albino Santos Mosquera, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 2003).
- Boltanski, L., & POUSADELA, I. (2000). *El amor y la justicia como competencias: tres ensayos de sociología de la acción*. (Inés María Pousadela, Trad.). Amorrortu (Obra original publicada en 1990).
- Fromm, Erich (2016). *El arte de amar: una investigación sobre la naturaleza del amor. (1a edición 1959). Epílogo de Rainer Funk*. (Noemí Rosenblatt, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1956).
- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. (Alfredo Bergés, Trad.). Herder Editorial. (Obra original publicada en 2014).
- (2018). *La agonía del Eros (2a edición): Prólogo de Alain Badiou*. (Raúl Gabás y Antoni Martínez Riu, Trad.). Herder Editorial. (Obra original publicada en 2014).
- Lévi-Strauss, C. (1987). *Antropología estructural: mito, sociedad y humanidades*. (J. Almela, Trad.) (pp. 37-45). Siglo xxi. (Original publicado en 1977, transcripción del discurso pronunciado por Strauss en 1962 con motivo del 250 aniversario del nacimiento de Rousseau).